

---

# Hacia una teología más espiritual y una espiritualidad más teológica

---

Guillermo Randle, S.J.\*

---

## RESUMEN

*El presente artículo trata de aplicar el método de la fenomenología a la Teología Espiritual. Parte de la experiencia de la vida espiritual y la explícita como experiencia de lucha y discernimiento de espíritus. El autor enumera los motivos que lo han llevado a hacer teología de un modo fenomenológico: entre ellos están su constatación de una decadencia espiritual en la Iglesia a partir del siglo XVII; la necesidad del discernimiento que conduce al hacer teológico. Agrega, además, que este modo de hacer teología es sensible a la necesidad del hombre moderno de establecer un diálogo entre su propia existencia y el mundo. Concluye que la teología de la lucha espiritual pretende ser una teología de compromiso en donde Dios, como protagonista de nuestras vidas, nos permite crecer como personas y en la fe.*

\* \* \*

La presentación conceptual de las verdades religiosas ya no satisface muchas veces al hombre de hoy porque ya no las busca sólo en el estudio de la teología sino también en la experiencia de fe.

---

\* Investigador y escritor del Centro de Espiritualidad de la Compañía de Jesús, Buenos Aires, Argentina.

---

Por ello, con la intención de integrar y no de separar el estudio y la experiencia, presentamos aquí la metodología expresada en nuestros ensayos<sup>1</sup>, la cual integra la teología llamada «científica» y la experiencia espiritual, y se presenta como fenomenología teológica, la cual definimos así: es una teología existencial –del ser que es historicidad y tiempo– y puramente descriptiva, de la esencia de las mociones espirituales, positivas y negativas, que aparecen en la conciencia, como saliendo de ella o viniendo de fuera<sup>2</sup>. Dicho brevemente, es una teología vivida, o de la experiencia cristiana. El término fenomenología, por tanto, está tomado en un sentido amplio de descripción de la experiencia espiritual personal, más que en su acepción filosófica<sup>3</sup>.

Dicha metodología empleada, parte por tanto, en primer lugar, de la experiencia de la vida espiritual o interior como combate (Ef. 6,10-18) entre «las tinieblas» y «la luz» (Rom 13, 12), o entre «los engaños» y «la vida verdadera»<sup>4</sup>.

---

1. RANDLE, GUILLERMO, «Dar con el camino de la vida». Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman, (de próxima aparición).

———, «La guerra invisible». El discernimiento de espíritus como experiencia y como doctrina en Teresa de Jesús. Editorial Claretiana, Madrid, 1991.

———, «Discernir en el desconcierto». Una experiencia: Claret 1807-1870. Editorial Claretiana, Madrid, 1993.

———, «Interioridad de Carlos de Foucauld». Desde el discernimiento de espíritus. Una fenomenología teológica. Editorial Claretiana, Madrid, 1995.

———, «Francisco Javier por dentro». Boletín de Espiritualidad, 161, Compañía de Jesús, Argentina, septiembre-octubre 1996, p. 1-15.

———, «El paso del Señor». «Las Confesiones» de San Agustín a través del discernimiento de espíritus. Un ensayo de fenomenología teológica. Editorial Claretiana, Buenos Aires, 1997.

2. Cfr. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* (EE) n° 32: Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mí mera libertad y querer, y otros dos, que vienen de fuera: el uno que viene del buen espíritu, y el otro del malo. Por tanto, aunque un pensamiento salga de mí, finalmente, por su sentido, será del bueno o del mal espíritu. Queremos decir que no por salir algo de mí es neutro.

3. O como dice Pierre Gervais, S.J., director de la *Nouvelle Revue Theologique*, en carta de 8.12.97, a propósito de nuestro presente escrito: Más aún, yo tengo el sentimiento que él constituye en cierta manera la expresión sintética de la fenomenología teológica que usted busca de poner en práctica lugo de una decena de años en sus numerosos escritos, libros o artículos, de espiritualidad. El trata de una síntesis que, teniendo en cuenta el mundo de hoy y los discernimientos a los cuales él conduce, quiere dar su lugar tanto a la teología narrativa que constituye la vida de los santos como a la profesión propiamente dogmática.

4. La lucha espiritual expresada en estos términos, está tomada de los *Ejercicios Espirituales* (EE 139) de Ignacio de Loyola, y son la trasposición dramática de las reglas o pautas para discernir

---

En segundo lugar, prosigue a lo largo de dicha experiencia con el discernimiento de ambos «contrincantes», el cual es su clave metodológica y finalmente se concreta como teología de la lucha espiritual.

«La vida verdadera» o auténtica es además, criterio y finalidad de dicho discernimiento<sup>5</sup>, como así también el concepto que conjuga la última meta de la experiencia cristiana y el valor fundamental del sentido de vida del hombre moderno.

El aliento revivificador de esta teología está en primer lugar, en el hecho de que «corta» y «abre» para ver «lo que pasa» en esa lucha de espíritus o impulsos que nos llevan a tomar decisiones hacia lo verdadero o lo engañoso, hacia lo que nos hace bien o mal.

En segundo lugar, está en el modo de conocer «práctico», más que especulativo, qué es la discreción de espíritus o sabiduría, como es llamada en la Sagrada Escritura, por cuanto su función no es la de transmitir «ideas» (función profética) sino la de encaminar en la vida mediante su ejercicio, el discernimiento de espíritus<sup>6</sup>.

---

espíritus que traen los mismos *Ejercicios* (EE 313-336), donde se trata —como dice el título de las mismas (EE 313)— de «conocer las varias mociones que en el ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar».

5. Este discernimiento es, por tanto, de espíritus o impulsos que nos llevan a tomar decisiones y no un método o técnica de conseguir aciertos en las diversas opciones de la vida, ni un razonamiento prudencial, como tampoco un juicio ético, sino un paso más sobre estos dos últimos, es decir, si es de Dios o no una concreta resolución. Cfr. RANDLE, GUILLERMO, «La pedagogía del discernimiento de espíritus en Jesucristo», en *Boletín de Espiritualidad*, 158, Centro de Espiritualidad S.J., Buenos Aires, marzo-abril 1996, p. 1-23. BALTHASAR HANS URS VON, «L'Évangile comme norme et critique de toute spiritualité dans l'Église», *Concilium*, Revue Internationale de Théologie, 9, 1965, p. 11-24. Porque el discernimiento es propiamente lo que nos interesa, es que no citamos sus escritos sobre la relación Dogmática-Espiritualidad. Chr. THEOBALD, CHR., S.J., «Une manière ignatienne de faire de la théologie. La théologie comme discernement de la vie authentique», NRT, 119, 1997, pp. 375-396.

6. No es por tanto, dicho discernimiento una lucha, sino que lo que es una lucha es la vida espiritual, para la cual el tal discernimiento viene en su ayuda. Como tampoco éste es una vaga «experiencia de libertad en el amor», frase en la cual además, no se ve entre qué hay que discernir, diferenciar o distinguir. Asimismo podemos agregar que se puede tener «libertad en el amor», pero como dice el sabio Antonio Abad: *Sólo la ausencia de la discreción hizo que no pudieran perseverar hasta el fin*. CASIANO, JUAN, *Colaciones*, I, Ediciones Rialp, Madrid, 1958, p. 89.

---

Y, en tercer lugar, como ya lo adelantamos, se encuentra en su gesto integrador, ya que sobre todo desde el siglo XVII hasta nuestros días la teología estuvo profundamente marcada por la división, si bien ya en el siglo XVIII con la Suma Teológica de Tomás de Aquino se aprecia una distinción de dos tipos de teología<sup>7</sup>. Una que tiene como origen el estudio, aunque sus principios vienen de la revelación, y otra que posee como principio la referencia a la experiencia de fe.

En efecto, la consideración de la fe en su vertiente objetiva pero no vivida fue la que ocasionó la división subsiguiente, la cual no se dio, ciertamente, en todos los teólogos, como tampoco en todos los llamados autores espirituales, entre los cuales no faltan quienes buscaron un enlace entre lo vivido, lo experimentado y la «teología escolástica» (piénsese en Ruysbroeck, en Juan de la Cruz, en Ignacio de Loyola).

Pero, en su conjunto, sí que se da como tendencia, lo cual se hace evidente cuando la teología, desde la controversia, emerge como «dogmática» y cuando, bajo un impulso cultural realmente racionalista e iluminista, juzga a sabiendas que no es tarea suya ocuparse de la experiencia o de la fe en cuanto vivida, a no ser que se haga una reducción «a los principios», es decir, al dato dogmático. Es aquí cuando la separación o «divorcio» entre teología y espiritualidad aparece ya increíblemente confirmado; y no porque la teología se hubiera afirmado como inteligencia crítica de la fe y la llamada espiritualidad no, sino porque la teología había restringido injustamente el campo de la fe-que-creer a la sola vertiente objetiva, olvidando que la totalidad de la fe la constituye la objetividad cristiana vivida.

Es verdad que la teología siempre ha supuesto esta experiencia de fe, al menos en el teólogo. Si hiciese abstracción de ella, se degradaría en simple historia del pensamiento religioso y no constituiría más que un sector de la antropología. La fe del teólogo es lo que permite atender no sólo a los enunciados, sino a lo que es; la fe es aquello sin lo cual no sabría de qué hablar; ella es aquello por lo cual su propia vida, al menos su vida interior, contribuye a la teología. Ella constituye la experiencia mínima sin la cual no hay teología.

---

7. Cfr. THEOBALD, CHR., S.J., «La 'théologie spirituelle': point critique pour la théologie dogmatique», en *L'expérience spirituelle, lieu philosophique et théologique*, Travaux et Conférences du Centre Sèvres, 24, Médiasèvres, Paris, 1992, pp. 143-160.

---

Supuesta esta experiencia mínima, la que a nosotros propiamente interesa como quedó dicho anteriormente, es la centrada en otros como «lugar teológico», donde la experiencia de fe consiste en el discernimiento de los efectos de aquellas cosas que en la vida hacen bien o ayudan a un seguimiento más cercano de Cristo, en contraposición a aquellas que hacen mal o desayudan en tal sentido.

Cuando uno mide el rol jugado de este modo por la experiencia en teología, la espiritualidad aparece no sólo oportuna para completar y vivificar la teología, sino aún necesaria para fundarla. Ella es como la tierra, el punto de apoyo gracias al cual la teología puede escapar a la logomaquia y pronunciarse sobre la realidad de la lucha interior entre la naturaleza y la gracia.

No es, por tanto, que la teología de la lucha espiritual sea una «nueva teología» sino una visión del objeto-que-comprender y del método de comprensión del mismo; método y comprensión que aportamos a la teología en su calidad de inteligencia crítica de la fe.

## I. SIETE MOTIVOS POR LOS CUALES HACEMOS TEOLOGÍA DE UN MODO FENOMENOLÓGICO

Para comprender mejor por qué hacemos teología de una manera fenomenológica enumeraremos siete motivos y luego pasaremos a profundizar algunos de ellos.

El *primer motivo*, es porque constatamos –aunque con algunas excepciones– del siglo XVII a nuestros días, una decadencia espiritual paulatina en la Iglesia, a pesar de un repunte gracias al Concilio Vaticano II. Más adelante ampliaremos este concepto de «decadencia».

Ella radica en la pérdida de capacidad para discernir, diferenciar o distinguir la acción de Dios o de la vida verdadera, de los engaños del enemigo de la naturaleza humana, en nuestra vida, la del mundo y la de la Iglesia<sup>8</sup>.

---

8. Por esto manifiesta Juan Pablo II, en su carta *Tertio millennio adveniente* n° 36, de 10.11.94: «¿Cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento?», al constatar que su carencia ha sido el origen de antitestimonios, escándalos, errores, infidelidades, incoherencias, lentitudes, fracasos, intolerancia y violencia en el servicio de la verdad (cfr. n° 33-35). De esta carencia se percataba en cambio John Henry Newman ciento sesenta años antes que Juan Pablo II, cuando en la introducción a su libro «El oficio profético de la Iglesia» decía que: «Lo que de presente necesitamos... (es)... discernimiento...»;

---

El *segundo motivo*, es porque dada la realidad bélica de la vida interior<sup>9</sup> siempre es necesario el discernimiento, pero más aún en épocas de confusión y desconcierto como la nuestra.

Esto abre asimismo en la espiritualidad ignaciana, virtualidades teológicas hasta ahora escondidas y ofrece una manera específica de ejercer hoy nuestro oficio y nuestra vocación de teólogo.

El *tercer motivo*, es porque en esta realidad conflictual, la clave de lectura y profundización específicamente espiritual y cristiana de leer la realidad interior que es el discernimiento de espíritus, nos permite pasar de la descripción de los hechos externos a la reflexión sobre la disposición más profunda de las personas y nos conduce al hacer teológico en un momento en que éste es, por lo general, una historia de la misma, o un comentario de comentarios.

El *cuarto motivo* es porque los testimonios de experiencia personal que supone esta fenomenología, los cuales constituyen su «lugar teológico», permiten por un lado acceder, *gratia mediante*, a un modo superior de conocimiento llamado sabiduría o discreción de espíritus y, por otro, recuperar lo total y universal en dichas experiencias o «fenómenos» leídos como teología vivida o teología de la experiencia cristiana<sup>10</sup>.

El *quinto motivo* es porque en este modo de hacer teología se halla para nosotros, por un lado, la función de una teología espiritual, sensible no sólo a las grandes estructuras de la vida en el Espíritu sino también a las necesidades del hombre

---

en una palabra: sabiduría divina». ¿Cómo entonces ésto no iba a ser urgente un siglo después de Newman, cuando, por ejemplo, un autor espiritual –con 184 ediciones en 35 idiomas y dialectos hasta 1984– confunde la discreción espiritual, don sobrenatural del Espíritu Santo, llamado Sabiduría en la Escritura, por una parte, con: «sencillamente naturalidad» y «delicadeza», y, por otra parte, con: «silencio» o «callar»? ya que ella no sólo nada tiene que ver con normas de urbanidad, sino que a veces es callar y a veces no. Cfr. RANDLE, GUILLERMO, S.J., «Conversión de la Iglesia- Conversión a la madurez espiritual», en *Actualidad Pastoral*, año XXIX, n° 218-220, enero-abril 1996, pp. 106-109.

9. Cfr. RANDLE, GUILLERMO, S.J., *La guerra invisible*, Editorial Claretiana, Madrid, 1991, pp. 19-27.

10. En el caso de nuestros ensayos, ellos son: Teresa de Jesús, Antonio María Claret, Carlos de Foucauld, Francisco Javier, Agustín de Hipona y John Henry Newman, los cuales no fueron elegidos por ser «campeones invictos del discernimiento», sino porque, como todo ser humano, a veces discernieron bien y a veces no, lo cual nos brinda la ocasión de reflexionar y aprender.

---

moderno de fundar su creer en referencia a su propia existencia y poder entablar un diálogo desde ella con el mundo; y, por otro lado, porque consideramos que este modo es la síntesis final de toda operación teológica, por cuanto dicho hacer teológico es el «lugar práctico» donde se forman y se transforman sin cesar, el acto espiritual de la vida humana y la inteligencia que forma parte del proceso.

Esto lleva a pensar que sólo hay una oposición aparente entre ciencia y experiencia, por cuanto de hecho se da una interacción constante y aún necesaria entre las dos, que conduce a pensar el progreso de la reflexión teológica como una profundización de la experiencia espiritual; y a ésta como fundamento de aquélla.

En efecto, la experiencia espiritual está necesariamente interpretada en función de categorías teológicas –de modo consciente o inconsciente– y el esfuerzo teológico mismo está como englobado en una dinámica espiritual. En otras palabras, si la comprensión de la experiencia espiritual pone en juego categorías teológicas, es igualmente cierto decir que el esfuerzo teológico puede ser un lugar de experiencia espiritual.

En este sentido el trabajo de la inteligencia para esta empresa está marcado por la reflexión sobre el «lugar teológico» o experiencia personal de otro, ayudada en nuestra metodología por el ejercicio de la discreción o sabiduría llamado discernimiento de espíritus.

En estas condiciones, la intervención de las categorías teológicas posteriores a la experiencia espiritual inicial no puede ser denunciada como alteración de la verdad de una narración; más bien se debe ver en ellas una profundización del sentido de la experiencia, que confiere a la narración una verdad espiritual más alta.

En cuanto a la mediación de la narración entre la experiencia espiritual y el pensamiento teológico, nos parece un elemento necesario para toda teología que quiera estar en relación con la experiencia espiritual, y su fuerza viene de aquella que hace sensible la intervención de Dios en una vida humana.

La fenomenología teológica articula por tanto, sin confundirlas, la narración de la experiencia espiritual y la argumentación teológica. En otras palabras, manifiesta la interacción esencial entre la experiencia espiritual y la reflexión teológica, en la cual interacción por demás fecunda, la narración es un lugar privilegiado, motivo por el que vale también para dicha fenomenología el nombre de teología narrativa. El beneficio que de ello surge, como podemos apreciar, es importante y urgente, ya

---

que hace a la teología más espiritual y a la espiritualidad más teológica y no un simple arrebató que dice: «la vivencia es la solución del futuro».

El *sexto motivo* es porque en general constatamos en la formación de los futuros sacerdotes una mayor impronta en lo moral y canónico y no, en la misma proporción, en lo espiritual, lo cual, por experiencia de darles Ejercicios Espirituales, podemos decir que es pobre.

El *séptimo motivo* es porque ofrece un fundamento para una catequesis donde Dios sea más un descubrimiento existencial valorado por el otro –en todo aquello que le ayuda a un seguimiento más cercano suyo, a tener un sentido profundo de vida, a obrar el bien o a ser mejor– que no un mero concepto correctamente comprendido.

\*\*\*

Profundicemos ahora el primero y tercer motivos.

En cuanto al *primer motivo*, queremos ampliar el concepto de decadencia espiritual al que hemos hecho alusión. ¿En qué datos objetivos nos basamos? En los seis siguientes.

1. En que el «punto de inflexión» hacia el descenso de la vertiente espiritual que comenzó en el transcurso del siglo XVII, fueron las urgencias a las cuales la Reforma avocó a la Iglesia: dogmáticas, doctrinales, disciplinarias y organizativas, lo cual desembocó en la concreción del Concilio Ecuménico de Trento, que los trató con profundidad religiosa y potencia teológica, pero sin imprimir un nuevo rumbo, ni infundir un nuevo espíritu a la vida interior.

Le aportó, sí, claridad y limpieza, corroboró su valentía y su sentimiento de responsabilidad, pero no ayudó a seguir roturando en profundidad el campo de la espiritualidad heredado de los siglos precedentes.

Es cierto, volvemos a decir, que las urgencias eran otras, pero porque el ser humano tiende a caer en extremos, esas mismas urgencias nos fueron deslizando, poco a poco, hacia la decadencia aludida<sup>11</sup>.

---

11. Sobre la situación en concreto de España a este nivel en el siglo XIX, cfr. RANDLE, GUILLERMO, S.J., *Discernir en el desconcierto*, Editorial Claretiana, Madrid, 1993, pp. 44-50.

---

Dice, al respecto, William Johnston, S.J., que:

Entre el Concilio de Trento y el Vaticano II se puso gran énfasis en la enseñanza externa de la Iglesia y en sus leyes exteriores. El ideal fue obedecer humildemente y someterse gozosamente a las reglas de la Iglesia visible. Pero luego llegó el viraje hacia la interioridad, con su énfasis en lo personal y en el mundo interior de la responsabilidad propia. El gran John Henry Newman habla vigorosamente en favor de la conciencia; y el Concilio Vaticano II estableció claramente que la conciencia es la gloria de la persona humana - y de acuerdo con esto querrá ella ser juzgada. Por ello hoy los católicos responsables sienten más y más la necesidad de estar en contacto con la voz interior de la conciencia. Ellos quieren ser guiados por la luz interior, mientras no obstante respetan la ley externa<sup>12</sup>.

2. En que ningún autor que trata del problema «Dogmática - Espiritualidad» alude al discernimiento de espíritus, porque se transitó el camino teológico sin pasar por la experiencia que la funda y a la cual se accede en profundidad, más allá de lo psicológico, por medio del discernimiento de lo que pasa espiritualmente.

3. En que después de más de cuatro siglos de su muerte se publicó por primera vez un libro sobre el discernimiento de espíritus en Teresa de Jesús, cuando es una mina de oro sobre el tema en todos sus escritos, uno de los motivos por los cuales es Doctora y sin el cual queda sin solidez su espiritualidad e incompleto el tema de la oración en ella.

4. En que la invitación al examen de conciencia en el rezo de Completas de la Liturgia de las Horas, sólo invita a reconocer lo negativo, y no también lo positivo, como lo hace en buena teología el número 43 de los «Ejercicios Espirituales» de Ignacio de Loyola. Lo cual tiene como consecuencia que no ayuda a la toma de conciencia del mundo interior en su realidad conflictual y además, no nos mueve a reconocer ni amar la acción del Señor en nosotros para seguirlo más de cerca.

5. En que la reflexión común de la época preconiliar sobre la vida religiosa tenía necesariamente ante sus ojos el Código de Derecho Canónico de 1917, que no contaba ni con una teología ni con un Concilio, como sí los tendría más tarde el Código de 1983, aprobado por Juan Pablo II, y, por tanto, no hablaba de la

---

12. *Being in Love, The Practice of Christian Prayer*, Harper & Row, Publishers, San Francisco, 1989, p. 149.

---

comunidad ni de la vida fraterna. Sólo de la «vida en común», elemento más exterior y menos espiritual.

En buen número de escritos anteriores al Concilio Vaticano II sobre la vida religiosa, impresiona el silencio a propósito de sus fundamentos teológicos y bíblicos.

La carencia de una reflexión teológica profunda sobre la interrelación entre la vida religiosa y los demás estados de la Iglesia: el clero, el laicado, el matrimonio, hacía que la mirada de los religiosos sobre lo terreno e intramundano fuese negativa y pesimista, una especie de *fuga mundi*. Vemos así que el modelo que asumían con frecuencia bastantes de los ensayos de comprensión de la vida religiosa anteriores al Concilio era el monacal<sup>13</sup>.

6. En que se fue perdiendo alegría en el Pueblo de Dios como consecuencia de un repetir aburrido e indiscreto de lo bueno porque es bueno, en lugar de un descubrimiento constante del paso del Dios vivo por la vida, para seguirlo sin mimetismos y saber dar razón de dicho seguimiento<sup>14</sup>.

Existen hoy algunos confundidos –cuando no psicológicamente inseguros o espiritualmente tentados– que, al intentar salir de la decadencia, la cual en el fondo no disciernen dónde arraiga, ponen el acento en lo cuantitativo y no en lo cualitativo, en lo negativo y no en lo positivo, en lo formal y no en lo sustancial, hasta llegar a confundir, por ejemplo, a la tradición con la santidad y caer en

---

13. Cfr. RESTREPO, ALVARO, S.J., «Nuestra vida comunitaria hoy: un proceso en fidelidad creativa», en *Boletín de Espiritualidad, Compañía de Jesús*, Argentina, 167, septiembre-octubre 1997, pp. 1-42.

14. Es un hecho que la alegría del cristiano ha decaído mucho en los últimos siglos. Este lamentable fenómeno tiene distintas causas, una de las cuales, y no la menos importante, hay que atribuir a la educación espiritual que se ha dado a los bautizados. Esta educación y formación fue con demasiada frecuencia más moral que específicamente cristiana, pues en ella se ha dado más importancia a la necesidad de las virtudes morales, que, en definitiva, apuntan a la perfección del hombre en sí mismo, que a la necesidad de practicar las virtudes teologales, que realizan la unión del hombre con Dios. Cfr. REGGIO, PIUS-AIMONE, O.P., *Espíritu sobrenatural y buen humor*, Ediciones Rialp, Madrid, 1966, p. 96.

---

contradicciones, como es querer que el pasado sea presente, en lo cual muestran no amar ni respetar a aquel como tal<sup>15</sup>.

\*\*\*

En cuanto al *tercer motivo* sobre el discernimiento de espíritus aplicado a fenómenos personales concretos, ¿qué le exige este enfoque a la teología?

En primer lugar, digamos que dicho discernimiento—sustrato de toda espiritualidad, más que una espiritualidad en sí misma<sup>16</sup>— es legado de la Sagrada Escritura, de los Padres del desierto, de los santos Padres y del Medioevo, y lo que nos permite hacer una lectura «radiográfica» de la lucha interior, el cual hallamos compendiado en las ayudas para discernir que dejó quien culminó con su experiencia dicha andadura espiritual en el siglo XVI. Nos referimos a Ignacio de Loyola, quien las trae en su libro «Ejercicios Espirituales», n° 313-336<sup>17</sup>.

En segundo lugar, que este discernimiento le exige a la teología que se dirija en primer término, a la estructura particular de la experiencia cristiana, que es como su columna vertebral, para «comprenderla»; y, en segundo término, que se haga de este modo fenomenología teológica al recuperar lo total o universal en el «fenómeno» concreto de los santos o de cualquier persona con auténtica vida interior—y no con «florecitas», como dice Teresa de Jesús— «lugar» y objeto de esta teología. En esta fenomenología teológica ponemos por tanto a consideración, por una parte, lo que no han recogido los manuales oficiales de teología espiritual al declinar—a partir de los años cincuenta del siglo XX— el interés por sus problemas metodológicos.

Y, por otra parte, la presentamos no sólo como una tarea más de la teología, sino lisa y llanamente como la manera de hacer teología hoy —mañana no sabemos— y

---

15. Cfr. BALTHASAR, HANS URS VON, *Razing the Bastions: on the Church in this Age*, Communio Books, Ignatius Press, San Francisco, 1993. RANDLE, GUILLERMO, S.J., *Interioridad de Carlos de Foucauld*, Editorial Claretiana, Madrid, 1995, pp. 11-17.

16. Esto quiere decir que nos podremos santificar por medio de diversas espiritualidades, pero en ninguna se podrá obviar la presencia de la lucha de espíritus o impulsos que llevan a tomar decisiones y, por tanto, la necesidad de discernirlos.

17. O sea, las Reglas ignacianas «para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el ánima se causan» (EE. 313-327), o de mayor discreción de espíritus (EE 328-336).

---

de reflotar la espiritualidad. Un hacer consistente en no cerrarse arbitrariamente en el ámbito de la objetividad cristiana y sí en seguir abierto a la comprensión de la «vivencia», es decir, de la «objetividad hecha propia» o de la apropiación de esta objetividad.

Apenas se toma conciencia y se emprende este cometido nos encontramos ante el objeto real sintético de la teología y con el desarrollo de lo que llamamos «fenomenología» en su campo, síntesis final, como ya lo anticipáramos, de toda operación teológica.

## **II. ¿QUÉ PROPONE LA FENOMENOLOGÍA TEOLÓGICA A LA TEOLOGÍA ESPIRITUAL?**

Le propone encontrar la fuerza de la encarnación que la inserte en el destino del hombre contemporáneo hecho de toma de decisiones cada vez más graves, tal como enseña la *Gaudium et Spes*, nº 43, del Concilio Vaticano II<sup>18</sup>, tarea para la cual la sabiduría, prudencia o discreción, y su ejercicio el discernimiento de espíritus, son imprescindibles. Mucho más si con ello quiere vivir en comunión con Dios, por cuanto: «sólo así... (mediante el ejercicio de la discreción o sabiduría) conocieron los hombres lo que a Ti te agrada» Sab 9, 18.

En efecto, el cristiano considera hoy que a cada generación le compete escribir su evangelio, un «quinto evangelio» no materializado en un libro, sino verificado continuamente en la vida por medio de los «signos» discernidos de «la acción del Señor que es Espíritu» (2 Cor 3,18).

Esto hace de su seguimiento de Cristo, por un lado, algo concreto, alegre, atrayente, fascinante y del cual sabe dar razón, por cuanto constata que su vida transita por el camino desde el cual El lo llama y al cual discierne en todo aquello que le ayuda para tal fin. Y, por otro lado, le ayuda a ir más allá del plano moral, es decir, más allá de la ley del menor esfuerzo, en la cual se hacen cosas buenas porque son buenas pero sin discernir si son lo que el Señor le pide a él en concreto. Por la imitación discreta o discernida y no mimética es a fin de cuentas por donde viene el Reino.

---

18. «No piensan que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio».

---

Esto es a lo que nos exhorta Pablo cuando dice: «Trabajad por vuestra salvación con respeto y seriedad. Porque es Dios el que obra en vosotros haciendo que queráis y obréis movidos por lo que a Él le agrada» (Flp 2, 12b-15-a), y lo que hace del quehacer teológico una «experiencia de Dios», por cuanto el conocimiento que nos da el discernimiento de sus «signos», hace a dicho conocimiento «experiencial», lo cual aparece hoy en su aspecto positivo de encarnación de la fe más que en oposición con ella.

Como consecuencia, nos surge espontáneamente un interrogante: ¿no se habrán frustrado, del siglo XVII para acá, algunos pasos hacia la santidad, al quedar satisfechos por una correcta vida a nivel moral –tal como el joven rico cuando se conformó con que: *todo eso lo he guardado desde mi juventud* Lc 18,21– y no seguir la invitación de Jesucristo a pasar más allá, cuando agrega: *aún te falta una cosa* Lc 18,22?

### III. ¿QUÉ PROPONE LA FENOMENOLOGÍA TEOLÓGICA A LA VIDA ESPIRITUAL?

Propone al creyente, según lo dicho, caer en la cuenta, por un lado, de su experiencia religiosa entendida como presencia y encuentro de comunión con Dios. Y mostrar, por otro, que la fe no es una árida abstracción, o una «piedad a bobas» como diría Teresa de Jesús, sino que constituye un tejido conectado con la vida cotidiana, hecho de decisiones por Él en medio de ella, sin lo cual se vería privada de sentido y fuerza convincente en su testimonio.

En otras palabras, cuando las personas se familiarizan con este género de teología vivida, van cayendo en la cuenta de cuál es el lugar y cuál no, en el que Dios está presente y actúa, y su fe, al mismo tiempo que se hace decisión por Él, adquiere fundamentos más firmes y amplios que los que pueden ofrecerse con meros argumentos lógicos.

Este descubrimiento permanente de Dios, que madura gracias a la caridad discreta, o en otras palabras, *gracias al amor... y todo discernimiento, con que podáis aquilatar lo mejor*, como dice Pablo a los Filipenses (1,9-10), es más fácil para quien capta hoy su acción en la Iglesia y en el mundo, como fuego que purifica, «seca» y arrasa bastiones, y no como éxito, nombre que no corresponde a Dios en la Escritura, pero que algunos, en su triunfalismo, más o menos consciente, se lo adjudicaron. Ausencia de éxito que, sumada a la *sofocación de Dios* bajo los medios

---

de comunicación de masas, dificulta a algunos el discernir hoy dicha acción y, confundidos por ello, hablan –curiosamente a veces desde extremos opuestos– de: *eclipse de Dios, lejanía de Dios*.

Dicho discernimiento de su acción en cambio, se concreta, por ejemplo:

– Allí donde el hombre incondicionalmente cree y espera, pese a que desde el punto de vista empírico la situación sea completamente desesperada.

– Allí donde una particular experiencia de alegría se vive como promesa de una alegría ilimitada.

– Allí donde el hombre ama con una fidelidad y un abandono incondicionales, a pesar de que la fragilidad de los que se aman no garantice de ninguna forma un amor radicalmente incondicional.

– Allí donde la obligación ética se vive como responsabilidad radical, a pesar de que aparentemente lleve a la ruina.

– Allí donde el hombre experimenta y percibe incondicionalmente el carácter inexorable de la verdad.

– Allí donde es capaz de soportar en la pluralidad de los destinos humanos la lucha entre individualidad y sociabilidad, esperando firmemente en un sentido final o en una bienaventuranza que lo reconciliara todo.

– Allí donde la Iglesia experimenta un proceso de purificación, en lo que hace a la conformación estructural o numérica de algunas congregaciones de vida consagrada para un servicio más cualitativo y eficaz, o en lo que hace a una mayor participación del laico en ellas.

– Allí donde el sacerdote descubre que lo importante es su presencia cualitativa más que cuantitativa y en función de la comunidad que se quiere servir.

En una palabra, allí donde entre las ambivalencias, alternativas o disyuntivas de la existencia, el hombre es capaz de distinguir y experimentar con libertad interior y disponibilidad, que hay cosas que le hacen bien, que le ayudan o son mejores que otras para encaminarse con sentido de vida y de Pueblo de Dios en el hoy de la

---

historia. Por el contrario, si la Iglesia no discierne, su ayuda para encaminar la vida permanecerá pasiva.

#### **IV. CONCLUSIÓN**

Para finalizar, digamos que esta teología de la lucha espiritual pretende responder de alguna manera a la fenomenología teológica tan deseada por Hans Urs von Balthasar; y, también ser teología de compromiso y no de evasión –típica e inmadura actitud del hombre de hoy–. El discernir la acción de Dios y la del enemigo de la naturaleza humana en la propia vida, la del mundo y de la Iglesia, no es para quedarse en la actitud de «turista espiritual», es decir, de mero curioso o conocedor especulativo; sino (mediante el discernimiento para determinarse por Él, protagonista principal de nuestras vidas y Señor de la Historia, y de este modo crecer como personas humanas y en la fe. Esto es decisión por Él en medio de la lucha que es la vida espiritual.